



Un gancho, plantado sobre los troncos tendidos a modo de pasarela en la cabecera de la rampa, miró hacia abajo y dio un suspiro prolongado.

—¡Palo vaaaa!

Mientras retumbaba el eco, haciendo aletear ruidosamente a unos negros pajarracos, el hombre clavó el gancho en un palo y le hizo embocar el deslizadero.

El tronco resbaló y bajó sin violencia, como un navío en su botadura. Siguieron otros, y poco a poco empezó a pasar el bosque flotante.

El Seco se acercó al Americano, limpiándose el sudor:

—¡Moler, con la Escaleruela esta! ¡Cada año peor! ¡Y encima que éramos pocos, el Tejedor se joroba un pie! ¡Un hombre no es na, pero lo pierdes, y ya ves!

Era un ganchoeramo amojamado y en la cuarentena, aunque la cara parecía más vieja, no obstante su cuerpo vigoroso. El Americano sonrió, dejando ver su diente de oro.

—Vamos, Seco, que tú no eres hombre para arrugarte.

—No me arrugo, moler. Pero somos pocos hombres pa tanto río.

—¿Cómo trabaja el Rubio?

El Seco sonrió entusiasmado.

—Está echando un brazo de ganchoeramo, que al final hasta me va a poder a mí. Pero somos pocos.

—Si para este mal paso puedo servir de algo (...)

José Luis Sampedro (1917-2013)

Centenario

El río que nos lleva



+Leer

Leert+